



Una no se encuentra cada dos por tres a un indio en su jardín.

Pues resulta que estaba yo con la nariz pegada a la ventana de mi habitación, cuando descubro a un hombre que corre de un lado para otro, en medio del césped, con flecos que le cuelgan sobre los hombros y plumas multicolores en la cabeza. Por mucho que me froto y me vuelvo a frotar los ojos, no hay duda: bajo la peluca de pájaro veo la nariz de papá, los ojos de papá, la boca de papá. Así que es papá.

¿Qué es lo que estará haciendo, vestido con esa pinta, en medio del jardín, en pleno invierno?

Opción número 1: papá se ha vuelto loco;

como cuando el señor Gronch, nuestro vecino, salió a la calle en calzoncillos gritando:

—¡Devolvedme a Bibi! ¡Devolvedme a Bibi!

Opción número 2: papá está de muuuy buen humor y quiere alegrarnos la vida rompiendo con la rutina diaria. (Eso de romper con la rutina diaria ¡sí que se le da bien!) Como cuando se pasó un año construyendo un barco que jamás ha visto la menor gota de agua, aparte de la lluvia parisina. O cuando se fue tres días en tren, sin saber adónde iba, declarando que «cuando uno sabe siempre adónde va, nunca va a ninguna parte». (Frase que acababa de desempolvar de un libro del desván.)

Pero, bueno, ¡que no cunda el pánico! Basta con salir y preguntárselo. No es tan complicado.

—Papá, ¿qué es lo que te traes entre manos?

La barbilla me tiembla de frío y los dedos de los pies se encogen dentro de mis zapatillas de Piolín y Silvestre.

—¡Calla, Miette! —susurra papá—. ¡Estoy buscando el círculo mágico!

No ha habido suerte, así que se impone la opción «señor Gronch».

Me voy corriendo a la cocina, a buscar a mamá y sus frases tranquilizadoras. Mi madre es psicóloga y tiene frases tranquilizadoras para dar y tomar.

—Mami, ¿has visto a papá? ¿Se puede saber qué es lo que está haciendo?

Mamá sostiene su tazón de café como si fuese normal que papá esté buscando el círculo mágico en mitad del jardín, vestido de indio:

—Pues mira, Mia, resulta que esta noche tu padre ha soñado con su hermano...

—¿Su hermano? ¡Pero... si él no tiene hermanos!

—Es cierto; no tiene hermanos. En fin, no en el sentido en que lo entendemos nosotras, tú y yo...

Traducción: «Tú y yo, que estamos completamente cuerdas, mientras que tu padre

tiene un tornillo suelto en algún lugar del cerebro».

—Pero, entonces, ¿un hermano de qué tipo?

—Un hermano indio.

Y mamá empieza a contarme que, cuando era joven, unos meses después de la muerte de sus padres, mi padre vivió tres meses en una tribu india, con su amigo Brad. Al volver a Francia, como papá había encontrado a mamá, «su amorcito», delante de la jaula de los koalas del zoo de Vincennes, decidió buscarse un trabajo normal y fabricar dos magníficos retoños: mi hermanito Bô y yo.

—Pero, ya ves. El problema es que nunca se ha podido olvidar de su tribu... —dice mamá.

¡Ayayay! Esto no me gusta lo que se dice nada. Porque su tribu somos nosotros: Bô, mamá y yo. ¡No unos indios que viven al otro lado del planeta y que hace siglos que ni se acuerdan de cómo se llama!

Apenas ha tenido tiempo mamá de terminar su historia, cuando la puerta se abre de par en par. Papá entra, sin secarse los pies, como cuando aún era de nuestra tribu; baja al sótano y vuelve a subir con nuestra vieja tienda de campaña. Con los ojos brillantes, suspira:

—¡Ya lo tengo! ¡He encontrado el círculo mágico!

En ese momento, Bô hace su aparición, con cara de despiste y con su pelo rubio formándole un remolino sobre la cabeza:

—Papá, ¿puedo jugar a los indios contigo?

¡Ahora ya tenemos la casa de locos al completo!

Mamá agarra a mi hermanito, antes de que se lance al jardín, con los pies descalzos, gritando «¡bubububú!».

Yo sigo a mi padre con la mirada. Observo que tiene cuatro plumas plantadas en el pelo y, al verlo montar nuestra tienducha en medio del jardín, pienso en el problema

número uno: la cara que va a poner Dana cuando vea a mi padre, fumando la pipa de la paz, en sandalias, en medio del jardín.

Llego al colegio volando en mi nube gris. Me siento como un trapo mojado o como una babosa trepando por un muro.

—No tienes buena cara. ¿No estarás incubando algo?

Dana me pone la mano en la frente, como una madre de diez hijos, y dice: «Pues sí, creo que tienes fiebre».

Dana es mi mejor amiga desde preescolar y me conoce como si me hubiera parido.

Yo me aprovecho de eso para confirmar que sí, que no me encuentro demasiado bien y que, esta tarde, en vez de hacer juntas los deberes de mates en casa, lo mejor es que me sumerja dentro del edredón con una bolsa de agua caliente y un paracetamol.